

# La tarea imposible

El acceso de las oligarquías socialistas al poder ha creado un problema económico de imposible solución, un problema que acabará por devorarlas, y la única cuestión es si serán devoradas por elementos a su derecha o a su izquierda, por sus enemigos naturales o por sus propios amigos, más radicales en sus métodos o menos aprensivos en materia de democracia liberal.

El problema nace de un error de perspectiva que la Humanidad ha padecido ya muchas veces y que obedece a un ilusionismo siempre renovado. Ahora les toca padecerlo a las sindicales obreras, como antes lo experimentaron otros grupos políticos en el poder.

Es natural que la conquista de éste por los mandatarios de las clases trabajadoras vaya acompañada de un intento de realizar los anhelos de mejora de la clase que accede al disfrute del predominio político, que tal suele ser el fin de toda política. Mas ¿cómo satisfacer esos anhelos? El beneficio de una pequeña oligarquía puede obtenerse a expensas de las grandes masas, royéndoles una fracción de su parte en el producto social, gracias al ejercicio del poder en su provecho propio, pero el beneficio de la gran mayoría no puede lograrse apreciablemente a expensas de los menos. Si alguna vez se consigue, ha de resultar, aparte de la eliminación de los elementos parasitarios, por una mejora en la renta nacional.

Todo el mundo que razone comprende que la renta nacional se halla constituída realmente por la masa de artículos y servicios útiles que obtiene constantemente, y que constituye el índice y motivo de su bienestar material no el único, ni siquiera el más importante bienestar, pero sí la base de todos los demás, incluso los más espirituales, que si es cierto que no sólo de pan vive el hombre, también lo es que vive ante todo de pan. Lógica consecuencia de esto es que, si se pretende elevar el tipo de vida, el grado de bienestar de un país, cuya gran masa se halla formada por las clases asalariadas, se procure ante todo incrementar el volumen de la producción, la cantidad de trabajo empleada y su eficacia para rendir frutos.

Pues bien, no es esto lo que se hace, y a menudo se hace todo lo contrario: trabajar menos y procurar disminuir el rendimiento de la mano de obra. ¿Entonces, cómo se pretende elevar el tipo de vida? Se pretende elevar el tipo de vida, y aquí la eterna ilusión de que hablaba antes, elevando la cantidad de dinero que cada uno recibe. No se detienen a

pensar quienes así dejan de razonar que semejante conducta, en tanto no aumente correlativamente la cantidad de cosas que se pueden comprar con ese dinero, tan sólo lleva a aumentar los costes.

Quizás las masas se dejan arrastrar por la vulgar idea que se les ha imbuído, de que ese aumento de los costes lo van a sufrir en pérdida los patronos y no va a repercutir en elevación de los precios, es decir, del coste de la vida para los propios productores asalariados, creando lo que los economistas extranjeros han llamado la viciosa espiral, esto es, una constante elevación de los precios precedida y seguida por la elevación de los salarios, que nunca logran alcanzar el aumento de coste de la vida.

¡Vana quimera la de los que así piensen! Lo único que puede resolver el problema es el elevar notablemente la producción, pero como no es ése el camino que se sigue, el final ha de ser una amarga decepción.

El aumento notable en los salarios plantea la siguiente disyuntiva: o los precios suben lo suficiente para mantener el estímulo a la empresa, o vienen a mermar el margen de beneficio industrial. En el primer caso, la elevación de los precios hace ilusoria el alza de los salarios; en el segundo, la acometividad industrial se resiente, sobreviene el paro y la clase obrera sufre en conjunto, aunque la parte de ella que logre conservar sus empleos halle algún beneficio.

El primer término de la disyuntiva representa la inflación con todas sus perniciosas consecuencias, con todas sus injusticias y desórdenes, no sólo en el aspecto interno de la economía, sino también en su aspecto externo, pues el aumento de precios desnivela los balances comerciales de los países, les pone en malas condiciones para competir en los mercados extranjeros con daño de sus intercambios; las naciones se ven inducidas a elevar sus defensas arancelarias y de otro orden, a devaluar sus monedas, medidas que desarticulan las normales relaciones mercantiles y originan crisis financieras que empeoran la situación de todos.

El segundo término del dilema es quizás más pernicioso, porque disminuye la producción, lleva la miseria y el hambre a muchos hogares, obliga a prestar asistencia a los parados, lo cual va en detrimento de la colectividad, puesto que los parados son gentes que consumen sin producir, y cualquiera que sea quien soporte inmediatamente el

gasto, ha de repercutir en todos, a través de impuestos u otras cargas y en último resultado ha de traducirse en elevación de los precios. Algunos pensarán que a veces son exagerados los beneficios de los patronos, de modo que pueden soportar el aumento de salarios sin elevar los precios. Cuando esto ocurre es porque se está desarrollando ya con antelación un proceso inflacionista que la elevación de los salarios precipita todavía más. Un proceso inflacionista indica un predominio de la demanda de los artículos sobre su oferta, una deficiencia de productos, y los patronos de la producción se hallan en condiciones de recuperar con creces los aumentos de coste que se les impongan. A menudo sucede, en fases de depresión, que un aumento de coste no se refleja de momento ni en una elevación de precios ni en una aminoración de la producción; esto es debido a que las empresas ya constituidas, mientras sus pérdidas no superen a la amortización e interés de los capitales ya enzarzados en la producción, encuentran preferible seguir trabajando, pues los capitales en la inacción siguen desmereciendo y devengando interés irrecuperable. Esto no evita que a un plazo algo más largo los mismos efectos se pro-

duzcan, porque no hay estímulo para renovar los capitales una vez en desuso ni para crear otros nuevos que aumenten la producción, y como la productividad sólo se mantiene por una renovación constante del material, pronto se cae en la disminución de producción y en el paro.

Y si la iniciativa particular abandona la producción, por encontrarla poco remuneradora, no queda más solución que la de que la iniciativa pública la supla. Esta es una solución que se compagina bien con las tendencias colectivistas, mas la verdad es que la estatificación, única forma hoy posible de la colectivización, es un sistema de menor eficacia; la burocratización industrial en que se cae fatalmente, conduce al decaimiento de la producción, de suerte que, como es una imposibilidad física distribuir más de lo que se produce, el tipo de vida desciende en vez de aumentar; las masas se llamarán a engaño, pidiendo volver al régimen anterior más feliz o, lo que es más probable, cayendo en locos extremismos que, lejos de resolver el problema, lo sitúan en un callejón sin salida.

GERMÁN BERNÁCER